

A ñ
é ß

STARTER STORY • SPANISH • B1

El tren de las siete

El tren de las siete

Andrés tomaba el tren de las siete todas las mañanas. Trabajaba en una oficina del centro y vivía en un barrio tranquilo, cerca de la estación. Su rutina era siempre igual: un café rápido, el andén número dos, veinte minutos de viaje.

Un lunes de marzo, mientras esperaba el tren, vio algo nuevo en la pared de la estación. Alguien había dibujado con tiza un pequeño barco en medio de una tormenta. El dibujo era sencillo, pero tenía algo especial. Andrés lo miró hasta que llegó el tren.

El lunes siguiente, el barco ya no estaba. La lluvia lo había borrado. En su lugar había un dibujo nuevo: un faro con una luz amarilla. Andrés sonrió sin saber muy bien por qué. «¿Quién dibuja estas cosas?», se preguntó.

Desde entonces, cada lunes aparecía un dibujo diferente. Una semana fue un bosque. Otra semana, una ballena enorme. Otra, una casa pequeña con humo en la chimenea. Nadie en la estación parecía saber nada del artista.

Andrés empezó a esperar los lunes con ganas. En la oficina hablaba de los dibujos con su compañera Elena. «A lo mejor es un estudiante de arte», decía ella. «O alguien que no puede dormir», respondía Andrés. El misterio crecía cada semana.

Una mañana, Andrés preguntó al hombre de la taquilla. «¿Usted sabe quién hace los dibujos de la pared?» El hombre levantó los hombros. «Ni idea. Cuando abro a las seis, el dibujo ya está ahí. Llevo meses sin ver a nadie.»

Aquella respuesta convirtió la curiosidad de Andrés en una pequeña misión. Si el dibujo aparecía antes de las seis, el artista trabajaba de noche o de madrugada. Decidió llegar un lunes mucho más temprano para descubrirlo.

El lunes siguiente puso el despertador a las cuatro y media. La ciudad estaba oscura y silenciosa. Cuando llegó a la estación, las luces del andén estaban encendidas, pero no había nadie. La pared estaba limpia, todavía sin dibujo.

Andrés se sentó en un banco, medio escondido detrás de una columna, y esperó. Hacía frío. Pasó media hora y empezó a sentirse un poco ridículo. «¿Qué hago yo aquí, espiando una pared?», pensó. Entonces oyó unos pasos lentos.

Un hombre mayor apareció al final del andén. Llevaba el uniforme azul de los guardias de la estación y una caja pequeña de metal. Miró a los dos lados, se puso unas gafas y sacó una tiza blanca. Después empezó a dibujar con mucho cuidado.

Andrés lo observó en silencio. El guardia dibujaba despacio, con la calma de alguien que ha esperado toda la noche ese momento. Poco a poco, en la pared apareció un tren antiguo cruzando un puente sobre un río. Era el dibujo más bonito de todos.

Cuando terminó, el guardia dio un paso atrás para mirar su trabajo. Entonces vio a Andrés y se quedó quieto, con la tiza en la mano. «Perdone», dijo Andrés, levantándose. «No quería asustarlo. Es que llevo meses admirando sus dibujos.»

El guardia sonrió con timidez. «Me llamo Ibáñez», dijo. «Trabajo de noche desde hace treinta años. Dibujo cuando termino la ronda, para no llevarme el silencio a casa.» Le explicó que de joven quería estudiar arte, pero que la vida lo llevó por otro camino.

«¿Y por qué los lunes?», preguntó Andrés. «Porque el lunes es el día más gris», respondió Ibáñez. «La gente sube al tren con la cabeza baja. Pensé que un dibujo podía cambiar eso, aunque fuera solo un poco.» Andrés le contó que, en su caso, funcionaba desde marzo.

Desde aquel día, Andrés llegaba a veces temprano y tomaba un café con Ibáñez antes del primer tren. El guardia le enseñaba trucos con la tiza y Andrés le hablaba de su oficina y de Elena. Los dibujos siguieron apareciendo, lunes tras lunes.

En junio, Ibáñez le contó que se jubilaba a final de mes. «La pared va a quedarse vacía», dijo Andrés, triste. «Las paredes nunca se quedan vacías si alguien las mira bien», respondió el guardia, y le puso en la mano una caja de tizas nuevas.

El primer lunes de julio, los viajeros del tren de las siete encontraron un dibujo nuevo en la pared: dos hombres tomando café en un andén, bajo un cielo lleno de estrellas. Abajo, con letra pequeña, alguien había escrito: «Para el señor Ibáñez, de su aprendiz.»

OQOU STARTER LIBRARY

This story is from oqou's free starter library, graded at B1 for Spanish readers.

Read it interactively in the oqou app: tap any word for an instant translation, listen with natural narration, and carry your saved vocabulary into every story you read next.

oqou.app

[Download oqou on the App Store](#)

oqou •